

Pequeña antología de Miguel Casado

Tocan palmas, jalean: gemidos
de la alegría. Van viniendo
nubes de la tarde, con la mosca
gruesa en el cristal. De mayo
y abril, canta. La aridez
de la primera escritura, abrir
el texto, que el hilo de las notas
dispersas también nombre
la vida. Este estado siempre
pánico, vacío disuasorio
a que no alcanza oficio. Los ayes
del compás, dolores rítmicos,
racimos de flores amarillas.
La campana de la vela cuando
me voy a dormir. Las hojas
de papel, un montoncito.

(De *El sentimiento de la vista*, Tusquets, 2015)

Repita varias veces este gesto:
vete a la cocina y abre el grifo;
no caerá agua, solo un ruido
de succión, después cuatro gotas

inconexas. Mientras dura la espera,
repite varias veces este gesto;
sabrás que está cortado el suministro
del agua, pero te dará igual.
Escucha el lenguaje de las cañerías,
su movimiento sordo
y vacío. Hace calor.

(De *Falso movimiento*, Cátedra, 1993)

RUA GARRET, RUA DA MISERICÓRDIA

II

Levanto capas una por una
para alcanzar la última, la que me sirva
de acceso a la conciencia: aquel ruido
de carruajes, los paseantes, encorbatados
y ojerosos, la seriedad
de los lentes.
Saber en lo que ya se sabe.

Y sin embargo nada
es análisis en lo que veo
al detenerme tras los cristales.

No hay tiempos
que se reducen a historia;
solo esta mañana en que poco a poco
se va notando el sol,
estas horas en que vagamos por el Chiado.

Una sola vida
que exprimimos; en las manos cóncavas
algunas gotas agridulces
se enfrentan a la ansiedad.

(De *La condición de pasajero*, Editora Regional de Extremadura, 1986)

La madre urge a la niña, le dice
que su hermano, al que lleva en brazos
-con más de treinta meses le cuelga doblada
la cabeza-, pesa como un muerto.
Y las palabras resbalan por el cuerpo dormido
y caen al suelo entra las dos;
la niña mira, con cuidado de no pisarlas.